

M O N O G R Á F I C O

POR EL RECONOCIMIENTO UNIVERSAL DE LA LIBERTAD DE IDENTIFICACIÓN COLECTIVA COMO UN *CONTINUUM* ENTRE CIUDADANÍA Y COSMOPOLITISMO

SALVATORE PALIDDA (*)

Los intentos por elaborar una educación multicultural se han visto muy a menudo afectados por ausencias o por errores que parecen derivarse, entre otras cosas, de una insuficiente motivación por la necesidad de ese tipo de educación y de un análisis no siempre riguroso de los fenómenos que se oponen al multiculturalismo (1). Sin descuidar la utilidad de los enfoques psicológicos, pedagógicos y filosóficos, creemos que es necesario poner en primer lugar el enfoque anti-racista, multicultural e intercultural en el marco de una acción colectiva que apunte hacia la afirmación de unos valores en los que debería sustentarse una sociedad efectivamente democrática y, por tanto, respetuosa hacia los derechos del hombre y de los pueblos: la igualdad y la solidaridad. Se hace, pues, indispensable que la educación multicultural llegue a ser una proposición de valores y de reglas de comportamiento creíbles y concretamente adoptables al menos por una parte de la sociedad. Esta proposición ha de estar, por tanto, en condiciones de poder influir en los valores y las reglas de comportamiento propios de las identidades colectivas y de los segmentos y grupos sociales que no muestran ningún antagonismo claro con la perspectiva de una sociedad multicultural.

Para conseguir esto es necesario analizar, en primer lugar, esas identidades colectivas diversas y sus dinámicas. Desde esta perspectiva es desde la que propondremos un análisis de la proliferación y de las variaciones de las identidades colectivas actualmente identificables en las sociedades europeas —un análisis, pues, de los diversos neo-racismos—, para proponer, a continuación, una perspectiva de educación

(*) Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris.

(1) El interculturalismo sólo puede ser el resultado de una larga lucha, por momentos bastante virulenta, porque, tal y como ha ocurrido con cualquier conquista que haya procurado la emancipación de la humanidad, se trata de una lucha contra las fuerzas que basan sus privilegios y su poder en criterios de exclusión, de inferiorización, de estigmatización de los dominados. Por otra parte, es imposible imaginar la confrontación y los intercambios entre culturas fuera de la lucha por la igualdad y la solidaridad. Basta pensar en el hecho de que las conquistas democráticas y anti-racistas son, todavía hoy, raramente respetadas. Los principios anti-racistas y multiculturales deberían llegar a ser valores y reglas de comportamientos integrados en una identidad colectiva compartida por una buena parte de la sociedad. Esta identidad se construye en la lucha.

multicultural centrada en el reconocimiento universal de la libertad de identificación colectiva como un *continuum* entre ciudadanía y cosmopolitismo (2).

El enfoque que hemos adoptado es deudor de una sociología de la construcción europea (3) que hace referencia a la teoría de la segmentación heterogénea de la sociedad (4), a la teoría de las variaciones de las identidades colectivas (5) y a la teoría de la deformación-anamorfosis del Estado de derecho democrático (6). Nos ha parecido indispensable, en particular, tratar de superar los límites de los enfoques «culturalistas», intentando analizar la correlación existente entre las mutaciones económicas, sociales y políticas, por un lado, y las mutaciones culturales, por otro. Poco habitual en el marco de la educación multicultural e intercultural, este enfoque podría posiblemente estimular la integración de la acción educativa en la acción colectiva que moldea la identidad.

La emergencia del actual racismo en Europa, no es, evidentemente, producto de la inmigración, del mismo modo que el nazismo no fue, ciertamente, producto de la presencia judía. La inmigración tiene en primer lugar una *función espejo* que consiste en poner al descubierto los rasgos y las características de la sociedad de inmigración. El racismo se manifiesta de manera más evidente hacia los inmigrados porque son

(2) El concepto de *continuum* entre ciudadanía y cosmopolitismo ha sido desarrollado, entre otros, por J. Habermas (1991).

(3) A pesar de que existe mucha literatura sobre la construcción europea, es necesario resaltar que la sociología y las ciencias sociales en general no han desarrollado aún investigaciones sobre este proceso, ni siquiera sobre cómo participa en él cada sociedad local. Ha sido en el intento de desarrollar tal enfoque como he estudiado el caso italiano en una perspectiva comparada (ver Palidda, 1991, 1992).

(4) Sobre esta cuestión, ver los trabajos de Berger, Sabel y Piore y los de Reyneri (ver bibliografía). El enfoque propuesto por estos autores y por otros, permite comprender las combinaciones entre dinámicas económicas y dinámicas sociales; en particular Reyneri (1988) subraya cómo se ha llegado a la inmersión de la producción en el sistema de relaciones sociales, esto es, al desarrollo del trabajo a domicilio, a la organización de la producción en el seno de redes de parentesco o de grupos comparables a etnias. Esto es, a menudo, el resultado de una manipulación de los valores de adhesión específicos por parte de notables o *power-brokers* que se imponen a estas redes o segmentos de la sociedad. La consecuencia es que el contrato social entre estos segmentos no se basa en las normas oficiales, sino en las reglas informales.

(5) A este respecto ver, en particular, A. Pizzorno (1986, 1991).

(6) La anamorfosis es un término empleado para designar el fenómeno de deformación o de rectificación de una imagen gracias a una perspectiva particular o a un espejo distorsionante. Nosotros creemos, a partir de las sugerencias de J. Baltrusaitis, que este término puede ser adoptado por las ciencias políticas y sociales como una metáfora, incluso como un concepto muy apropiado y eficaz para designar precisamente lo que es causa de la dificultad, incluso hasta de la imposibilidad de una racionalización democrática de la organización política de la sociedad compleja contemporánea: el paso continuo e incontrolado, en los dos sentidos, de la norma, propia del Estado de derecho, a las reglas informales, esto es ilegales (e incluso criminales), propias de las adhesiones específicas de cada segmento, grupo o entidad social; es decir, el paso o la coexistencia de lo formal a lo informal, de lo legal a lo ilegal, de la democracia al autoritarismo, de la tolerancia a la intolerancia. De este modo, el concepto de anamorfosis puede ayudar a comprender mejor muchos fenómenos que hoy ponen al descubierto la dificultad para establecer la soberanía del Estado de derecho democrático; fenómenos tales como la «ingobernabilidad» (Pasquino, 1988, 1991) o la «inestabilidad gubernamental permanente»; la «ambigüedad del Estado» (Mastropaolo, 1986), las «estructuras ocultas del poder» (Bobbio, 1981); la proliferación de las llamadas economías «no-oficiales» y sus combinaciones con las economías oficiales; la difusión de la corrupción política o del «intercambio oculto» (Pizzorno, 1992); el rebrote de los particularismos localistas o la proliferación de las identidades colectivas particulares; en fin, el racismo que caracteriza el neo-eurocentrismo.

«extranjeros», porque el etnocentrismo se conjuga con el nacionalismo y la naturalización de las diferencias culturales (ver también Verena Stolcke). Todos estos elementos corresponden a una organización de la sociedad basada en la desigualdad y la dominación de los más fuertes particularismos, basada, pues, en el estado de inferioridad del que es más débil. Esto quiere decir que la investigación sobre el racismo concierne ante todo a nuestras sociedades y a los autóctonos y, después, a sus relaciones hacia el otro.

El racismo actual puede ser analizado como el resultado de la conjunción de dos fenómenos mayores:

1. el tránsito de una sociedad dominada por el modelo «fordista-taylorista» y la «bipolaridad» de las adhesiones (*), a una sociedad dominada por el modelo «flexible» y liberal que favorece la proliferación y las variaciones de las identidades colectivas en un sentido exclusivista;
2. un proceso de construcción europea marcado por el desarrollo de un neo-eurocentrismo, caracterizado ante todo por un neo-racismo hacia los inmigrantes que se traduce fundamentalmente por la inferioridad de éstos.

I. LA AFIRMACIÓN DEL MODELO FORDISTA Y DE LA BIPOLARIDAD DE LAS ADHESIONES

Tras la segunda guerra mundial, las sociedades europeas han estado dominadas por un modelo de desarrollo económico y social que se puede resumir como el «modelo fordista-taylorista»; este modelo se combinaba con la herencia de lo que Foucault llamaba la «sociedad disciplinaria» e igualmente con la bipolaridad de las adhesiones ideológico-políticas correspondientes a la división del mundo entre los dos bloques opuestos, hegemonizados por las dos superpotencias (EE. UU. y URSS) que salieron victoriosas de la guerra. Esto se tradujo en una interpretación dominante que consistía en distinguir las sociedades en sociedades desarrolladas y sociedades atrasadas o subdesarrolladas, y en distinguir valores «occidentales», valores «del Este» y valores tradicionales llamados «pre-capitalistas» o, incluso, «pre-modernos». Esta visión del mundo alimentaba la idea de una jerarquización de los pueblos, de las civilizaciones, de las culturas; los atrasados eran, pues, considerados como inferiores, esto es, como pueblos que por tal o cual circunstancia habían permanecido subdesarrolladas o en los márgenes del «progreso de la historia». Estas consideraciones habían legitimado el colonialismo «humanitario» y, en general, las distintas versiones del mesianismo occidental (nordista) con relación al Sur.

El desarrollo propuesto por Occidente (incluidos los Estados Unidos) se centró, al mismo tiempo, en el desarrollo de grandes unidades productivas (especialmente con la producción en cadena que implicaba un empleo masivo de mano de obra

(*) La palabra francesa *appartenance* es utilizada por el autor en la acepción de «pertenecer a» o «ser miembro de» una determinada cultura en el sentido antropológico. Se ha traducido al castellano por «adhesión» (NDI).

poco cualificada subordinada a un número bastante restringido de técnicos) y en el desarrollo del consumo. Los valores de este modelo fordista-taylorista eran evidentemente los del liberalismo, esto es, los de un mercado regulado por la libre negociación entre la oferta y la demanda y por la competencia más que por el Estado. Esto era considerado como la esencia misma de la democracia y la sola vía hacia el progreso económico y social, hacia la modernización, hacia la plena afirmación de la libertad individual (con el mito del *self-made-men*). Es así como el Occidente guiado por este modelo, que los Estados Unidos decían encarnar y defender, proponía a las sociedades «atrasadas» o subdesarrolladas que rompieran con los valores tradicionales (7) y, sobre todo, que no se hicieran ilusiones sobre la posibilidad de otras alternativas y que se opusieran firmemente al modelo propuesto por la URSS. El modelo soviético se consideraba la negación de todos los valores occidentales y, por tanto, la negación de la libertad y del progreso. Toda posición mediadora e incluso cualquier crítica a Occidente eran consideradas como una «objetiva» confabulación con el comunismo, luego con el enemigo del progreso y de la democracia. Así pues, el mesianismo americano pretendía justificar el recurso a toda clase de métodos y de medios en nombre de su «justa causa», para combatir al «enemigo de la humanidad», al «satanás», al totalitarismo estaliniano que «colectivizaba hasta las mujeres», que «robaba los niños a sus madres», en definitiva, que era responsable de toda suerte de atrocidades en los *gulags*, etc. Éstos fueron los argumentos del maccartismo y de la guerra fría y que la Iglesia católica alimentaba en Europa mediante una guerra psicológica particularmente exacerbada. En nombre de los valores occidentales y cristianos, todo tenía justificación: los golpes de Estado, el empleo de los nazis, de los fascistas y de la criminalidad organizada, especialmente de la mafia, para impedir los «complots comunistas».

En el lado opuesto, la URSS pretendía encarnar la vía hacia el comunismo, luego los valores de igualdad, de solidaridad, de fraternidad, de emancipación económica, social, política y cultural de los hombres y de los pueblos; en definitiva, el progreso de la humanidad por medio de la acción colectiva, guiada ésta por las vanguardias reunidas en la Internacional bajo la dirección del partido del país que pretendía construir la sociedad justa, el socialismo. Y aquí también, en nombre de esos valores y de este objetivo, todo se justificaba: cualquier crítica o simple observación sobre la conducta de la vanguardia debía ser aplastada sin vacilar. La defensa del modelo comunista justificaba el estajanovismo, los sacrificios sin límites, la falta de desarrollo de buena parte del imperio soviético, los intercambios desiguales con sus países subordinados y, finalmente, las atrocidades estalinianas contra los disidentes y contra todo lo que se oponía a las directrices establecidas por el partido.

(7) Sobre esto, conviene recordar que ciertos antropólogos americanos se han ocupado en demostrar que el subdesarrollo o los retrasos en el desarrollo se deben a los valores y reglas tradicionales. Es así como Banfield pretendía explicar el caso de Sicilia por el «familismo amorale» que caracterizaba a la sociedad siciliana. Esta tesis ha sido criticada por numerosos autores (ver la reedición italiana del libro de Banfield y de sus críticos); sin embargo, ciertos autores parecen rehabilitarla por momentos porque se han analizado poco las causas del apego a los valores tradicionales, su readaptación continua, las manipulaciones de las que son objeto, la ausencia de alternativas creíbles ofrecidas por la supuesta modernización que ha conducido a menudo a un desarrollo perverso. A este respecto, el Mezzogiorno italiano es un ejemplo extremo de los resultados catastróficos de este tipo de desarrollo y de las manipulaciones de los valores tradicionales adaptados al presente.

La exasperación de esta bipolaridad ha producido, pues, entre otras cosas, una cierta similitud entre numerosos elementos y comportamientos que legitiman la adhesión a uno u otro frente. Los dos modelos preconizan la uniformidad de las sociedades. En particular, la bipolaridad de las adhesiones ha tenido como efecto la desaparición o la ocultación de todas las demás adhesiones específicas. Los trabajadores y cualquier otra capa social o los simples individuos eran encasillados bien en el campo pro-patronal/pro-gubernamental/pro-americano/anticomunista, o bien en el campo pro-comunista. El no alineamiento u otras posiciones no eran ni reconocidas ni admitidas o, en todo caso, permanecían debilitadas. La urbanización masiva, las migraciones internas e internacionales eran, pues, interpretadas como un proceso de transición de una sociedad atrasada, precapitalista, subdesarrollada, a la sociedad moderna (8) con sus dos grandes polos de integración, cada uno con sus «moldes» o medios de encuadramiento y de aculturación autoritaria. Las teorías del desarrollo y del progreso económico, social, político y cultural, se basaban, pues, en una visión lineal que desestimaba la relación contradictoria entre continuidades y rupturas y, en particular, la complejidad de las variaciones en las identidades colectivas, es decir, la adaptación adecuada o inadecuada de los valores y de las reglas de adhesión a las mutaciones. La adhesión al movimiento obrero aparecía dominada por un absolutismo aún más rígido que el que dominaba la adhesión «occidental», y es también porque imponía una negación total de cualquier adhesión específica por lo que el desmoronamiento del comunismo ha sido tan rápido y espectacular y ha dado lugar a un *revival* de las adhesiones locales, étnicas o neo-nacionales, más o menos manipuladas por las nomenclaturas que gestionan el tránsito a la economía de mercado y a la democracia occidental. En cambio, la adhesión occidental toleraba y tolera adhesiones específicas, siempre que sean subalternas, lo que explica en parte por qué el desmoronamiento del bipolarismo no se ha traducido aún en el hundimiento de la hegemonía americana que se encuentra, sin embargo, en franca decadencia (cf. *infra*).

II. EL TRÁNSITO AL MODELO FLEXIBLE, LA PROLIFERACIÓN Y LAS VARIACIONES DE LAS ADHESIONES EXCLUSIVISTAS Y LA DEBILIDAD O LAS AMBIGÜEDADES DE LAS PROPOSICIONES «UNIVERSALISTAS»

Desde 1960, un gran número de hechos y de fenómenos nuevos han abierto la vía hacia las importantes mutaciones que se han producido en los años ochenta y que han desembocado en las conmociones, a la vez trágicas y positivas de estos últimos años.

Si se intenta siempre seguir la correlación entre las mutaciones económicas, sociales y políticas, por un lado, y las mutaciones culturales, por otro, se puede constatar lo que sigue.

(8) Recordemos al respecto la célebre teoría de Alberoni y Baglioni sobre la integración del inmigrado en la sociedad industrial, en verdad la «socialización anticipadora».

En el plano macroeconómico, los tres fenómenos que se pueden considerar mayores han sido:

— El desarrollo de la transnacionalización de los capitales y de las actividades económicas varias ha acabado escapando a todo control jurídico y político por parte de los organismos internacionales (9), por parte de las dos superpotencias y por parte de los distintos Estados. Esto ha favorecido inevitablemente a los actores especializados en la rentabilidad de los distintos tráfico; es decir, a los *power-brokers* (mediadores de poder) que han administrado el desarrollo de las sociedades locales en un sentido perverso, con una desestructuración violenta de las comunidades tradicionales. Son normalmente estos *power-brokers* o nomenclaturas locales los que, manipulando ciertos elementos de las culturas locales y la necesidad de afirmación de las identidades colectivas específicas, han deformado la conquista de la independencia nacional o han contribuido al desarrollo de los neo-nacionalismos y de los neo-localismos.

— El grado de autonomía más o menos importante de los países y de los grupos económicos diversos con relación a los Estados Unidos y a las multinacionales americanas ha provocado la decadencia de la hegemonía económica, política y cultural americana, aunque esta autonomía conseguida no se ha orientado hacia una verdadera conquista de la soberanía nacional, ni hacia la afirmación de los valores universales; por el contrario, ha sido dominada por los intereses particularistas de los grupos emergentes que también se han beneficiado de complicidades con los *power-brokers* e incluso con la criminalidad organizada.

— El desarrollo de la segmentación heterogénea del tejido socioproductivo y, en general, de las actividades económicas, con unidades productivas hiper-modernizadas (robotización, nuevas tecnologías, informatización, débil empleo de fuerzas de trabajo), con actividades cada vez más sumergidas en el tejido de las relaciones sociales (trabajo a domicilio, empresas familiares, redes semi-informales o informales, etc.) y con actividades repartidas por todos los ámbitos de las sociedades del Tercer Mundo. Esto ha alimentado, en consecuencia, una diferenciación (o un dualismo) muy fuerte entre formas de organización económica y social consideradas «postindustriales/postmodernas» y formas de organización económica y social consideradas como residuos del pasado, a los que se les niega el derecho de encontrar un lugar oficial en la modernización y que pasan a ocupar, por tanto, un lugar subordinado. Esta subordinación se traduce en una situación de inferioridad social y cultural, es decir, en una ciudadanía de segundo o tercer orden, que pretende ser justificada por medio

(9) Estos organismos, la ONU o incluso la CEE, no han tenido nunca una autoridad real, es decir, capacidades efectivas para hacer respetar el derecho internacional; por esta razón, su papel ha sido o bien totalmente nulo, o bien manipulado por el juego de las superpotencias o por la más fuerte de todas ellas (la última ocasión en la que se vio este tipo de manipulación fue en la guerra contra Irak, por haber delegado la ONU en una coalición de Estados una misión de policía internacional que sólo una verdadera policía de la ONU, autónoma de todo interés particularista de los diversos Estados, hubiera podido cumplir). Al ser el juego de las relaciones de fuerza el que se impone, todo lo demás se queda en el terreno de la utopía. Estos aspectos son resumidos por N. Bobbio como la cuestión del «tercer ausente», es decir, la ausencia de una autoridad mundial efectivamente soberana y capaz de garantizar los derechos del hombre y de los pueblos.

de la jerarquización de las culturas. Así pues, ¿habría ciudadanos del Occidente desarrollado que merecerían la democracia y los privilegios de un contrato social generoso, y los demás, que no los merecen, deberían ser relegados al rango inferior de los neo-sirvientes o neo-esclavos a los que hay que controlar porque podrían amenazar la democracia! Éste es el razonamiento por el que se pretende justificar la guerra del Golfo, el resurgimiento del papel policial del Occidente desarrollado, la consideración de inferioridad de los inmigrados, la estigmatización de las culturas y de las religiones llamadas no-modernas. Incluso grandes intelectuales como K. Popper (10) llegan a mantener este razonamiento y hacen una llamada a la cohesión armada occidental para defender «nuestra democracia» y «nuestro desarrollo» de las amenazas que nos podrían llegar en caso de darse una mezcla de integristas, mafias, terrorismos y comportamientos de los pueblos «salvajes» o de los marginados y de los inmigrados. Incluso en los países «ricos», las economías llamadas no-oficiales afectan a una buena parte de la población, a segmentos de la sociedad cuya organización económica y social no está reglamentada por medio de un contrato oficial en el respeto a las normas del Estado de derecho, sino según las reglas informales, más o menos manipuladas por los actores, que se imponen en las relaciones de parentesco y parroquianas. Esto quiere decir que el racismo que hoy vemos manifestarse, en particular en Europa, tiene su origen no tanto en razonamientos ideológicos o en criterios biológicos como en una precisa voluntad de inferiorización de aquellos a quienes no se les quiere otorgar los privilegios de la ciudadanía de la ciudadanía europea (volveremos sobre ello).

Estos tres aspectos de las mutaciones económicas, sociales y políticas que se han desarrollado sobre todo a lo largo de este último decenio, pueden ser, pues, considerados, en consecuencia, como los rasgos característicos del tránsito del modelo fordista al modelo flexible, tránsito que en el plano cultural corresponde a la crisis de la bipolaridad de las adhesiones y, por tanto, a la proliferación y a las variaciones (o al redescubrimiento) de las identidades colectivas. Esta crisis de las dos grandes adhesiones que se impusieron al finalizar la segunda guerra mundial se debe, pues, al hecho de que las sociedades locales pretenden buscar autónomamente su desarrollo, pero no hacen más que orientarse hacia el modelo que se presenta como vencedor. En realidad, el mesianismo de las dos grandes superpotencias ha perdido toda credibilidad por el hecho de que los valores esgrimidos por Estados Unidos, por un lado, y la URSS, por otro, tienen su traducción en una realidad de la organización política de las sociedades locales que no es ni efectivamente democrática, ni igualitaria, ni pacífica, sino que, por el contrario, está dominada por la ley del más fuerte y por la injusticia. La realidad efectiva de los modelos americano y soviético es una verdadera deformación o anamorfosis de los valores y de las normas de comportamiento oficialmente proclamados. Los Estados Unidos no son, en absoluto, un país efectivamente democrático, sino que, por el contrario, son un país fuertemente marcado por las desigualdades e, incluso, el racismo (el *melting-pot* se refleja en el colonialismo cultural, y el poder político está a merced de los *lobbies* que imponen sus intereses

(10) Me refiero a un artículo que K. Popper publicó en el mes de junio de 1992 en varios diarios europeos. Para una crítica de este tipo de posiciones ver, entre otros, V. Stolcke, 1992.

particulares por el tránsito continuo e incontrolado de la legalidad a la ilegalidad —anamorfosis del Estado de derecho democrático). La URSS se convierte en un país social-imperialista en el que la *nomenklatura* impone desigualdades y alternativas irracionales que hundan a una gran parte del imperio en condiciones similares a las de los países del Sur. De este modo, el Occidente hegemonzado por el modelo americano y el Este dominado por el soviético dan ejemplo de una auténtica deformación trágica de los valores «justos» que pretenden encarnar: el liberalismo democrático occidental se manifiesta por la libertad de los grupos de interés y de los *lobbies* que alimentan a los sistemas de clientela, la corrupción política, el reparto desigual de los recursos públicos; el resultado es que el abismo entre los opulentos y los pobres aumenta y que en el amanecer del siglo XXI hay todavía millones de personas que mueren de hambre, de guerras aparentemente absurdas, en definitiva, de los efectos de dinámicas perversas alimentadas por la deformación del liberalismo democrático. En el lado opuesto, el socialismo real ha conseguido transformar la igualdad y la solidaridad en un totalitarismo de una *nomenklatura* que, de hecho, ha conseguido, mejor que su enemigo, liquidar la búsqueda de una alternativa al capitalismo y a la democracia occidental. Dicho esto, con el desmoronamiento del imperio soviético los valores occidentales se imponen como referencia dominante del movimiento que aspira a la libertad de identificación colectiva y que va, de hecho, en el sentido opuesto a los valores efectivamente universales. En efecto, los conceptos de libertad y de democracia que se han impuesto proceden de una mezcla de valores particularistas que se basan en la afirmación de un nosotros por la exclusión, e incluso por la servidumbre, del otro. Por ejemplo, la idea de emancipación que lleva a la conquista de su soberanía a Lituania, Letonia, Eslovenia, Croacia y otras sociedades locales, se inspira en el modelo que ha sido dominante en Occidente; es decir, en una construcción política basada en la discriminación de clase en el interior, y en la desigualdad en las relaciones con otras sociedades. Ante todo, la aspiración de Eslovenia o de Croacia ha sido la de separarse de Yugoslavia para integrarse en la Europa rica, y no la de participar en un movimiento de democratización y de valorización de las identidades colectivas específicas en su respeto recíproco: la afirmación de su propia identidad ha pasado, por tanto, por la guerra contra el otro, porque se trata de abrirse camino hasta la fila de los ricos, de los dominantes, y que, como en el pasado, todavía se consigue haciendo correr sangre. Ya se trate de una reivindicación de identidad colectiva de carácter nacional, regional o local, o propia de una identidad social precisa, el hecho es que esta entidad se construye siempre a partir de una exaltación, más o menos pregonada, de sus virtudes, es decir de su superioridad con relación a las otras y, en todo caso, sin preocuparse de reciprocidad, porque, de lo que se trata, es de ocupar el puesto de dominante; puesto del que se hace merecedor tras el tributo de sangre necesario para excluir a los que se quiere dominar. Este bien conquistado con sangre, adquiere, de este modo, un valor sagrado que evocará, siempre, un sentimiento de odio contra todo enemigo, real o imaginario, acusado de amenazarlo.

Queremos ser europeos, gozar de los privilegios de una ciudadela segura, rica, que garantice a cada sociedad local toda su autonomía; de hecho, para conseguir todo eso, aceptamos la idea de que se haga a costa de las vicisitudes trágicas de otras sociedades dependientes. En efecto, del mismo modo que, a escala de cada sociedad local, el grupo de interés, el *lobby*, la corporación, secuestran en provecho propio las

normas del Estado de derecho democrático y, de hecho, imponen la desigualdad, a escala del conjunto de las sociedades son secuestrados el derecho internacional y los organismos internacionales en beneficio de los países más fuertes o, incluso, de los grupos transnacionales más poderosos (principalmente, *lobbies* financieros, o militar-industriales, o las firmas petrolíferas). Todo esto está lo suficientemente arraigado como para alimentar la transformación de la búsqueda de la democracia y de la aspiración a la libertad de identificación colectiva en una de las páginas más negras de la historia de la humanidad (basta con pensar en lo que ocurre en Yugoslavia, sin olvidar lo que ocurre, al mismo tiempo, en numerosos países del Sur, en donde las guerras y el hambre se han convertido en terapias para alejar el espectro de la «explosión demográfica»).

El racismo de las visiones neo-eurocentristas

En este contexto, la construcción europea toma un significado en el que la renovación del eurocentrismo aparece centrado en la defensa de los privilegios de una sociedad desarrollada, lo que implica, por parte de las sociedades locales y de los grupos de interés europeos, un conjunto de alianzas en la defensa de su particularismo.

Cuatro son las principales proposiciones de identidad colectiva que son propuestas a las poblaciones europeas para movilizarlas en favor de la construcción europea. Estas proposiciones son formuladas, de manera más o menos precisa, por los grupos de interés dominantes, sus políticos y sus intelectuales. Encuentran en cada país europeo un consenso más o menos amplio.

A) La proposición «euroatlantista»

Los lazos (de dependencia y de asociación) militares, económicos, políticos y culturales entre los Estados Unidos y Europa se mantienen bastante vivos a pesar de que la popularidad del euroatlantismo parece estar en franco declive. Actualmente, esta corriente defiende la continuidad y el desarrollo de las relaciones privilegiadas con los Estados Unidos.

Esta visión se corresponde con una idea de orden mundial organizado sobre la base de una jerarquía de potencia político-militar, única capaz de garantizar las reglas del juego liberal (más allá de las normas establecidas por la ONU, si llegase el caso pero, preferentemente, con la cobertura de la ONU, tal y como ocurrió en la guerra del Golfo), protegiendo las fuerzas legítimas más importantes de los ataques de las fuerzas que aparecen sobre bases ilegítimas (principalmente, las mafias, los terrorismos, etc.). Desde el punto de vista del euroatlantismo, si bien el enemigo de Occidente ya no se encuentra en el Este, existen todavía amenazas muy graves que planean sobre los intereses y las sociedades occidentales por el hecho mismo del desorden y por el hecho mismo de la aparición de neo-potencias regionales y, además, por las amenazas llamadas «de baja intensidad». Dicho de otra manera, la representación euroatlantista de la seguridad es globalizante, de ahí la necesidad de un dispositivo operacional euroatlántico capaz de intervenir en todas partes y a tiempo. Esta visión, en lo que hace a la necesidad de seguridad, vale igualmente para lo que a seguridad interior se refiere; de ahí, el deseo de un desarrollo de la coope-

ración policial euroatlántica, bien por medio de acuerdos entre las primeras siete potencias económicas del mundo (lo que ya ha empezado a hacerse, principalmente desde los acuerdos de l'Arche de la Défense...), bien directamente entre Estados Unidos y países europeos (esto es lo que parece prevalecer en la dinámica transnacional de las policías y de la magistratura de ciertos países como Italia). Los análisis discutibles de ciertos «especialistas», incluidos algunos «tercermundistas», alimentan estas ideas con la amenaza que procede del Sur: se habla de «bomba desigualitaria», de «bomba demográfica», de «grado explosivo» de «incremento de los diferenciales entre Norte y Sur». Según una visión «hidráulica» de los fenómenos sociales complejos bastante extraña, este incremento de los diferenciales demográficos, económicos y sociales, produciría una «amenaza migratoria» que tendría como consecuencia la asunción de nuevos cometidos para el ejército y la policía de los países «ricos» (11). La demagogia

(11) Como ya hemos intentado demostrar en otros trabajos, la inmigración de hoy día no tiene nada que ver con las invasiones de pueblos armados o con los grandes desplazamientos de poblaciones de otras épocas históricas. Los países situados en el punto de mira de la inmigración tienen, desde hace tiempo, un dispositivo, una política, un tacto especial y mecanismos suficientes como para poder absorber o rechazar los inmigrados según sus necesidades, mientras que éstos no tienen otra cosa que su voluntad y sus recursos personales y familiares para poder instalarse en los países «ricos». Por otra parte, la emigración es el resultado de una elección, individual o familiar, que no es siempre compartida por toda la sociedad local de origen, sino tan sólo por aquellos que están fuertemente motivados por razones tanto económicas como sociales y políticas. La emigración masiva se encuentra cada vez más correlacionada con la imposibilidad de cambio social y político, es decir, con situaciones de guerra civil. Es por tanto la realidad de personas que buscan la salvación en sociedades en las que imaginan poder ser libres de producir los recursos necesarios para subsistir y en las que piensan poder llevar libremente una vida privada. Señalemos, finalmente, que la aplicación de la teoría de las variaciones de identidades colectivas en el caso de los inmigrantes permite comprender sus formas de agregación no en tanto que etnias, comunidades o minorías, sino, simplemente, en cuanto que redes o grupos cuyos valores y criterios de adhesión son propios de la identidad específica producida a través de un recorrido de emigración-inmigración, cosa bien diferente de la identidad originaria. Estas redes o grupos se sitúan en el marco de los segmentos sociales de la sociedad de inmigración y pueden igualmente situarse con relación a la sociedad de origen que los considera, por lo demás, como «extranjeros». Esto quiere decir que la identidad colectiva propia de una red o de un grupo de emigrados-inmigrados se ha formado y existe como sistema de valores que se confronta con la identidad colectiva de la sociedad de origen y la/s identidad/es de la sociedad de inmigración. Esto quiere decir también que la libertad de emigración no puede existir sin libertad de inmigración porque en realidad se trata de una libertad de identificación colectiva: en pos de esta libertad numerosos emigrantes arriesgan su propia vida para pasar una frontera o para cruzar el mar. Señalemos igualmente que entre los argumentos dados contra la inmigración se encuentra el que se basa en la oposición entre libertad e igualdad; este argumento supone que los inmigrantes reivindicarían libertades no toleradas por el derecho común de los países occidentales. En realidad nunca se han dado movimientos de inmigrantes que reivindicaran el derecho a la poligamia o a la circuncisión o a otras prácticas de sociedades originarias; el argumento se presenta como un claro pretexto, tanto más cuanto los inmigrantes se muestran siempre dispuestos a someterse a las normas y a las reglas de la sociedad de inmigración porque saben muy bien que, de no ser así, no podrán ser aceptados. A este argumento se le añade otro que plantea el problema de la prioridad de la asistencia a los «nuevos pobres» autóctonos antes que a los inmigrantes, y destaca el hecho de que las transferencias de servicios a los inmigrados serían más costosas que las de los autóctonos. Este argumento es igualmente un pretexto porque, en primer lugar, los inmigrantes no pueden ser asimilados a los nuevos pobres o a los vagabundos y mendigos porque son, en la mayor parte de los casos, trabajadores y, en segundo lugar, porque no se han beneficiado nunca de más asistencia de la que reciben los autóctonos. Por el contrario, toda la historia de la inmigración muestra que las familias, las redes y los grupos de inmigrantes han conseguido casi siempre la autoasistencia necesaria para la inserción gracias a la movilización de sus propios recursos. Reconocer la función espejo que tiene la inmigración significa también que la investigación sobre la inmigración debe versar tanto sobre los inmigrantes como sobre los autóctonos. En términos de educación esto remite a una

occidental se ve reflejada en la política del Fondo Monetario, de la banca mundial y de la cumbre de los Siete, y aún más en el hecho de que el «derecho a la emigración», establecido por la carta de Helsinki, no se corresponde en absoluto con el reconocimiento del «derecho a la inmigración». Por lo demás, no se ha querido anular la deuda exterior de los países pobres, ni aumentar los fondos para la cooperación, ni sanear ésta, ni siquiera embargar los fondos personales invertidos en el extranjero por numerosos gobernantes de países del Sur, fondos que a veces superan la deuda de estos países (12).

B) La corriente *euro-mediterránea*, y especialmente *euro-árabe*, se inscribe en la estela de la descolonización; ha sido, y sigue siendo sin duda, uno de los más importantes motores, por no decir el más importante, del proceso de autonomía europea, tanto en su versión «noble» como en su versión «levantina». Efectivamente, en el seno de esta corriente existe una componente que defiende una perspectiva tercer-mundista en el sentido de los principios universales (derechos del hombre y de los pueblos): éste es el caso de numerosos cristianos y de personalidades de izquierda, con el apoyo del Vaticano, de la gran mayoría de los arzobispos, de los sindicatos, de los comunistas viejos y nuevos, de una parte de los socialistas y de una parte de los gaullistas (13). Esta versión «noble» (cuyos principales representantes son Cheysson y Pisani en Francia, Brandt en Alemania, los excomunistas italianos y otras personalidades de la izquierda española y de los países de la Europa del sur) postula una cierta coherencia europea en las relaciones con los países mediterráneos extra-CEE, relaciones que deberían ser privilegiadas y, en todo caso, nunca sacrificadas en favor de las relaciones con los Estados Unidos, ni en favor de las relaciones con el Este.

La versión «levantina» del euromediterraneísmo no es reivindicada oficialmente por nadie, pero sí ampliamente practicada por numerosas firmas, grupos de interés, políticos, militares, agentes y organizaciones criminales que están evidentemente ligados a los intercambios no oficiales con diferentes interlocutores del mundo mediterráneo y medio-oriental. Es, en efecto, esta versión «levantina» la que, de entrada, domina la corriente euromediterránea y la que, al mismo tiempo, la debilita. Esto es así porque la conducta «levantina» consiste en una estrategia particularista de grupos de interés y de redes informales que no pueden traducirse en estrategia política de uno o de varios Estados y aún menos de Europa. Los grupos europeos que adoptan estas estrategias se oponen entre ellos tanto como a otros grupos. De este

crítica radical de nuestra cultura y de nuestra sociedad, empezando por la crítica de la historia, falseada por la pretensión nacionalista de dar una visión uniforme del proceso de formación de la identidad cultural de la sociedad.

(12) Entre otros, ver Hancock, G. (1991): *Les Nababs de la pauvreté*, Paris, R. Laffont; se trata de una elocuyente denuncia a los administradores de las ayudas y de la cooperación entre países del Norte y países del Sur; el autor demuestra que la ayuda sólo beneficia a los que administran tanto en el Norte como en el Sur.

(13) El abanico de personalidades que forman parte del IPALMO (el organismo italiano que apoya la política «tercermundista» y proárabes italiana) es bastante revelador en cuanto a su composición: en él figuran la izquierda de la DC, el PCI, la izquierda del PSI y algunos otros hombres políticos menores; este organismo está evidentemente respaldado por el Gobierno y las grandes firmas nacionales públicas y privadas ligadas a las relaciones con los países del Sur.

modo, es posible que las conductas «levantinas» de los euromediterráneos puedan unirles momentáneamente o llevarles a buscar entendimiento con los euroatlantistas a expensas incluso de otros euromediterráneos (basta recordar los conflictos de intereses entre franceses, británicos, alemanes e italianos en su carrera por conquistar espacios de mercado en África y en Oriente Medio).

La visión «levantina» del euromediterraneísmo corresponde, pues, a una visión de la organización política de la sociedad y de las relaciones entre Estados que es flexible, aleatoria o, incluso, anamorfoseada, en el sentido de permitir la oscilación continua y sin control de lo formal a lo informal y viceversa. Esto se corresponde efectivamente con la idea de que en un espacio como el Mediterráneo, caracterizado por la presencia de numerosos actores informales, la seguridad sólo puede ser confiada a entendimientos informales y no a la simple potencia militar.

Gracias también a sus diferentes componentes, el euromediterraneísmo ha sido, a lo largo de los años setenta, la corriente más fuerte en Italia, en Francia, en España, en Grecia y ha estado también muy presente en Alemania, consiguiendo conciliarse a veces con la *ostpolitik* de estos países. La base social del euromediterraneísmo corresponde a los segmentos sociales ligados a los intercambios económicos con los países árabes; sus principales grupos económicos son las firmas europeas interesadas en estos intercambios. Es a esta corriente, junto con la «universalista/postnacional», a la que se le debe la actitud tolerante, observada hasta 1990, hacia la inmigración que provenía de los países mediterráneos y africanos (cf. Palidda, Campani, 1990).

Con los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla, España ha querido proponer una versión ambiciosa del euromediterraneísmo. En efecto, el espectáculo de apertura de los Juegos de Barcelona anunciaba la intención de proponer la combinación entre la referencia cultural específica catalana y la referencia al universo mediterráneo como cuna de la civilización universal (lo que refleja una visión eurocentrista). Del mismo modo, la Expo ha otorgado un papel importante a las regiones españolas, aspirando al mismo tiempo a mantener su carácter de manifestación universal.

Sin embargo, la incapacidad de los euromediterráneos para estar unidos les lleva, a algunos de ellos, a continuar en la lógica de las conductas paralelas. De este modo, lo mismo que en el pasado, los italianos, pero también una parte de los alemanes, de los españoles e, incluso, de los franceses, buscan la mediación entre las orientaciones de Estados Unidos, por tanto de la OTAN, y la hipótesis de una conducta europea autónoma. Entre tanto, la guerra monetaria desencadenada por los gigantes de las finanzas mundiales (alemanes, japoneses y americanos) parece volver a sumergir a los más débiles en el rango inferior (Italia, España y países del Sur, pero también el Reino Unido y los países escandinavos) y hacer vanas las ambiciones euromediterráneas.

C) La corriente «*neo-mittleuropea*» se ha manifestado abiertamente a lo largo de estos últimos años por la conjunción de los siguientes factores: el éxito económico de Alemania y de las regiones occidentales que le son próximas (Austria, Suíza, Italia del Norte, Alsacia); el agravamiento de la situación económica, social y de la seguridad en las regiones «periféricas» de Europa (el Mezzogiorno italiano, la región de Marsella y Córcega y algunos otros países de la Europa del Sur). A todo esto hay que añadir

la atracción hacia el modelo alemán en la perspectiva de la «conquista pacífica» del Este. Las mutaciones económicas de este decenio han agravado, en efecto, la fractura entre una parte del «Norte» y una parte del «Sur» de Europa. Las razones parecen derivarse, más allá de las especificidades de cada país, del hecho de que el desarrollo económico del Sur ha tenido, a menudo, un carácter perverso (clientelismo, asistencialismo, alimentación del poder de los *power-brokers*, etc.; el caso extremo lo representa sin duda la Italia del Sur en donde, después de diez años de «campana» contra las mafias, asistimos al incremento del dominio de las familias de la *mafia* en Sicilia, con sus ramificaciones nacionales y transnacionales, de la *'ndrangheta* en Calabria y de la *Camorra* en la región de Nápoles).

Esta situación ha contribuido a resucitar la idea de una Europa limitada a las regiones productivas, modernas, avanzadas, «civilizadas». Es así como han proliferado las denuncias hacia las regiones del Sur que serían supuestamente parásitas de Europa, absorbiendo fraudulentamente subvenciones y ayudas comunitarias (argumentos ampliamente propagados en Francia y en Alemania, así como en una gran parte de la euroburocracia). En efecto, de este modo es como en Italia del Norte asistimos al nacimiento de un movimiento sociocentrista «nordista» que reivindica la autonomía completa del Norte de Italia en relación con el Estado, acusado éste de estar enfeudado por la partitocracia de los meridionales y de las mafias.

Al mismo tiempo, antes de la explosión de guerra civil en Yugoslavia, se ha visto cómo progresaba la confederación transfronteriza Alpes-Adria (14). Este fenómeno, a la vez «localista» y «transfronterizo», parece tener un alcance real (bastante subestimado) que va más allá de una simple dinámica de ampliación y de construcción europea con base regional. A pesar de no haber correlación directa, este fenómeno coincide con el nacimiento de las ligas nordistas anti-Estado-Nación en el Norte de Italia y con la reivindicación de independencia por parte de Eslovenia y de Croacia, y, en otro plano, con el lanzamiento de la «pentagonal» (15) (por iniciativa de un ministro italiano de asuntos exteriores particularmente sensible hacia todo lo que concierne el universo mitteleuropeo y los compromisos entre éste y los intereses euromediterráneos). Estos hechos parecen desprenderse de una dinámica dominada por el entendimiento entre regiones «ricas». Estas regiones parecen privilegiar el control de su seguridad desde una óptica policial (y de cooperación entre las policías). Esta dinámica localista y transfronteriza no parece, por lo demás, diferente de la idea de una Europa de los *lander* tal y como ha sido esbozada por el canciller H. Kohl. Advertamos que esta Europa es percibida por algunos observadores como una entidad

(14) Ver E. Luben, 1991; P. Behar, 1991: La Comunidad de trabajo de los países y de las regiones de los Alpes orientales (Alpes-Adria) fue fundada el 20-11-1978. La iniciativa fue tomada por Austria con el fin de desarrollar la cooperación económica, además de la cultural, y las relaciones de vecindad entre las regiones siguientes: Carintia, Alta Austria, Salzburgo, Estiria, Burgenland (Austria); Tessin (Suiza); Lombardía, Trentino-Alto-Adigio, Venecia y Friul-Venecia (Italia); Eslovenia y Croacia (Yugoslavia); Baviera (Alemania), Győr-Sopron, Vas, Zala, Somogy, Baranya (Hungria).

(15) La pentagonal comprende Italia, Austria, Yugoslavia (*sic*), Checoslovaquia y Hungría; a estos países acaba de unirse Polonia. La iniciativa la tomó Italia (ver art. de De Michelis, *Le Monde* del 11-11-1989) que, con el objeto de desarrollar su *ostpolitik*, quería jugar un papel importante en la carrera por obtener beneficios de la «victoria fría».

sin cabeza política ni militar, pero dominada por el capital financiero alemán y los grupos financieros euroalemanes. Es, por tanto, el espíritu de los acuerdos de Schengen, más que cualquier otra hipótesis verdaderamente político-militar, el que corresponde a la representación de la seguridad de esta corriente neo-mittleuropea.

Una parte de los nordistas europeos es muy hostil, incluso abiertamente racista, con los meridionales y los inmigrantes extranjeros (16). La versión francesa de este neo-mittleuropeísmo está manifiestamente encarnada por el movimiento de Le Pen (17). Por lo demás, es interesante destacar que los nordistas italianos, el partido de Le Pen y otras organizaciones de extrema derecha belga y alemana se opusieron a la participación en la guerra del Golfo, posición que podría ser equiparada a la de los «aislacionistas» americanos. En efecto, estas fuerzas están muy apegadas a la autonomía europea con respecto a Estados Unidos y son por tanto favorables a las relaciones autonómicas entre Europa y el Sur, pero sin invertir en el soporte militar (lo que nos recuerda el modelo suizo, austríaco o, incluso, alemán). El éxito de los nordistas en Italia y de los neo-pujadistas o sociocentristas en los diversos países europeos parece ir paralelo con el declive de las identidades colectivas tradicionales (euroatlantismo, catolicismo y, también, «universalismo socialista») que acompañaron en un primer momento al triunfo del modelo «fordista». Es bastante significativo, por ejemplo, que el nordismo italiano aparezca después de finalizar la década de los años setenta, es decir, después de que en Italia se hubiera formado una verdadera unidad nacional para el progreso social, unidad que puede ser considerada como el producto de la socialización propia del modelo fordista. Las luchas obreras y populares y los referendos en defensa del aborto y del divorcio reunieron a la mayoría de la población en torno a los valores de igualdad, de solidaridad, de democratización; opuestos a esta unidad nacional democrática estaban los fascistas y los conservadores dominados por la Iglesia católica. La victoria absolutamente efímera de la unidad democrática ha producido ante todo la crisis de las antiguas adhesiones euroatlantista y católica

(16) Después de los éxitos obtenidos en las elecciones locales lombardas en 1991 y en las legislativas de abril de 1992, la Liga nordista ha visto consolidarse su electorado en todas las regiones del Norte de Italia con un porcentaje que oscila entre el 20 por 100 y el 13 por 100 de los votos, lo que le ha supuesto un porcentaje nacional de casi 9 por 100, esto es 56 diputados, de los que 53 han sido elegidos en las regiones del Norte y, en primer lugar, en Lombardía. Lo cual no impide que numerosos inmigrantes meridionales instalados en el Norte desde hace mucho tiempo, compartan las posiciones nordistas y son de los primeros en manifestar su racismo hacia los inmigrantes tercermundistas. Del mismo modo, algunos antiguos inmigrantes italianos en Francia manifiestan actitudes racistas hacia los magrebíes. La integración ha conducido a estos inmigrantes a identificarse completamente con una visión rígida de las representaciones y de los intereses de la sociedad local de inmigración (es por esto por lo que hablo de «sociocentrismo»), haciéndose, a su manera, más «autóctonos» que los autóctonos «de origen». Advertimos también que los nordistas italianos han intentado probar recientemente que no son racistas al afirmar en su programa que están en contra de la inmigración destinada a crear neo-esclavos y que están por el desarrollo de los países pobres, lo cual es igualmente postulado tanto por Pasqua como por Le Pen. De hecho, su discurso antiinmigración difiere según el público al que estas fuerzas se dirigen, pero sobre todo han procurado cultivar una imagen de fuerzas antiinmigrantes y su discurso «moderado» no hace sino reforzar el «principio» de la «prioridad a los intereses nacionales» y de la separación del destino nacional del universal.

(17) A propósito del nacionalismo a la francesa, entre otros, ver el interesante enfoque propuesto por P. Birnbaum (1991) en el número especial de la revista *Podere* dedicado a los «Nacionalismos» (57, 1991, pp. 55-70).

(hay una nueva reelaboración de identidad en la derecha y entre los católicos con el neo-integralismo italiano). Pero la deformación de las conquistas obreras y populares (con el *consociativismo* que fagocita a todos los partidos en la gestión «lotizada» de la *res pública* y desemboca en la anamorfosis del Estado de derecho), y los efectos, al mismo tiempo, de la desestructuración económica y social debidos al tránsito del fordismo a una «flexibilidad» bastante poco controlada, provocan el desmoronamiento de la identidad colectiva «progresista». Es entonces cuando aparecen nuevas proposiciones de identidades que tienen un éxito considerable y que actúan a veces sobre una cierta amalgama de valores y comportamientos (lo que permite a la liga nordista limpiar en campo ajeno y al pacifismo lograr un gran entendimiento entre católicos y laicos).

Es importante destacar que frente al éxito obtenido por las fuerzas sociocentristas (ligas nordistas en Italia, FN en Francia, xenófobos y racistas en casi todos los países europeos), todos los partidos han adoptado posiciones que de hecho aceptan una buena parte de los argumentos sociocentristas. Tal es el caso, principalmente, de las políticas migratorias y de la evolución de la política local de seguridad. En este sentido, precisamente, se ha ido fraguando la idea de emplear el ejército en las tareas policíacas o «humanitarias».

De lo anterior no hay que deducir que el neo-mitteleuropeísmo esté siempre interpretado o encarnado por racistas; existe evidentemente una versión «noble» que tiene sus mejores paladines tanto entre escritores célebres (Magris, Kundera, etc.), como entre grandes hombres de negocios y políticos. Asimismo, existe una versión no necesariamente racista del apego al particularismo regional o nacional como es, por ejemplo, el caso de una componente del nacionalismo corso o el del primer gaullismo (hay, por ejemplo, una literatura relativamente amplia que denuncia la «colonización» lenta de Francia por la anglofonía o la compra de propiedades francesas por extranjeros; de ahí, la reivindicación de un cupo o de un «umbral de tolerancia» en este terreno) (18). Frente a tales preocupaciones, ciertos autores, como por ejemplo M. Petit (ed. 1991), proponen abandonar el «falso dilema: hacerse europeo y abandonar su cultura de origen o bien renunciar a Europa». Según estos autores, el problema consiste en poner a punto una Constitución que permita que lo «supranacional respete los matices en el plano regional». Se trataría, pues, de aspirar a un nuevo «ser europeo, anclado en las tradiciones regionales, preparado para enriquecerse de aportaciones próximas o lejanas... sin desear de hegemonía» (estos propósitos coinciden en parte con los de G. D. Majone, E. Morin y A. B. Kern). Esto quiere decir que las normas, y la autoridad que las hace respetar, podrían tener un papel de «educación multicultural», es decir, de formación de una variación de las identidades y de los comportamientos. Admitiendo que esto sea posible al margen de una movilización colectiva, la cuestión está en saber cómo imaginar la formación de un poder europeo que, a semejanza del Estado ideal, se consagre a dicha tarea y sea capaz de llevarla a cabo. Los «localistas» neo-mitteleuropeos quieren liberarse del Estado-Nación y apos-

(18) Ver, entre otros, Noguez, D. (1991): *Colonisation douce*. Editions du Rocher, quien denuncia la «colonización de Francia por la anglofonía», etc. Asimismo, ver Simonnot, Ph. (1991): *Ne m'appellez plus France*. Paris, Olivier Orban, quien denuncia las compras extranjeras de propiedades francesas. Ver también Doutrieux, Y. (1991): *La politique régionale de la CEE*. Paris, PUF.

tar por una Europa mitteleuropea que no tenga que compartir su destino con el resto. La «Europa de las regiones» aparece, en efecto, actualmente, como una fórmula que pretende satisfacer a todo el mundo, incluidos aquellos que reclaman el reconocimiento de las etnias y de las distintas minorías, y que debería, por tanto, contribuir al reconocimiento mutuo y a la paridad de derechos y de deberes de entidades muy enfrentadas hoy. Dejando a un lado el hecho de que las fuerzas que se aferran al mantenimiento de los Estados parecen poco dispuestas a desaparecer, es necesario probar aún que los distintos particularismos puedan llegar a aceptar algún tipo de compromiso que les permita apuntalar conjuntamente la construcción europea. Admitiendo que pueda haber una parte de la euroburocracia y de las finanzas europeas interesadas en apoyarse en los particularismos localistas y en otros reagrupamientos opuestos a los poderes nacionales, no acaba de verse, sin embargo, cuáles son los valores de la identidad colectiva correspondiente a la Europa de las regiones. El multiculturalismo y la tolerancia no parecen conciliarse, en efecto, con la defensa de adhesiones específicas y a menudo exclusivistas. Por otra parte, la simple lógica utilitaria no parece tampoco posible, ya que supone necesariamente una cierta «solidaridad» (como se sabe, las regiones menos «ricas» reclaman ayudas que las otras no quieren pagar). Un federalismo basado en un liberalismo «puro» sólo conseguiría profundizar en las diferencias entre las regiones.

D) La cuarta corriente es la que se puede definir de «*universalista/postnacional*». En esta corriente se pueden situar componentes bastante diversos que, sin embargo, convergen en representaciones más o menos comunes en torno a los centros de interés estratégicos: se trata del ecologismo, del pacifismo, del humanitarismo, del tercermundismo y del universalismo, laico y religioso, en particular católico y cristiano (19). Desde finales de 1970, todas estas componentes (religiosas o laicas) conocen un desarrollo muy importante gracias a ciertos acontecimientos (agravamiento de la pobreza tanto en el Sur como en el Norte, Chernobil, agravamiento del desastre ecológico, consecuencias de la difusión de la violencia y de las guerras, etc.). Del mismo modo que el éxito de los sociocentristas ha forzado a los partidos políticos y a los gobiernos a hacer suyas algunas de las preocupaciones de aquéllos, el éxito de la corriente «universalista» ha provocado una nueva sensibilidad ecologista y humanitarista en los gobernantes occidentales e, incluso, en los militares quienes, en pos de nuevas legitimaciones de su papel, se proponen también como fuerza apta para toda clase de operaciones (de la ayuda humanitaria al rescate de ballenas... hasta el «derecho de injerencia» ya experimentado en favor de los kurdos en Irak —¡pero no en Turquía!—). De hecho, la «reconversión civil» de la industria militar y de las fuerzas armadas, reivindicada por la corriente «universalista», se ha convertido en una hipótesis de desarrollo de misiones ecologistas y humanitarias por parte de las

(19) En esta corriente se podría situar también un cierto liberalismo «puro» opuesto a cualquier coerción estatal, pero que se trata, sin embargo, la mayoría de las veces, de un liberalismo «a ultranza» que preconiza la abolición de toda garantía social, aspecto éste que es objeto de condena por todas las componentes de esta corriente. Es interesante resaltar, no obstante, que son precisamente ciertos liberales americanos los que preconizan la casi total libertad de inmigración, confiando al mercado el papel de regulador (eliminando toda garantía social y jurídica; evidentemente, tal hipótesis correría el riesgo de hacer de los inmigrantes una masa de neo-esclavos).

fuerzas armadas. En un reciente artículo publicado en *Le Monde Diplomatique* (noviembre de 1991, p. 13, con el título: «Vivir Europa en Confederación», cuarto en la serie de artículos «Por una democracia realmente participativa»); E. Morin y A. B. Kern afirman:

Las vías hacia el desarme que inicia la nueva relación entre las superpotencias mundiales, inducen a reflexionar sobre la utilización de los ejércitos nacionales. ¿De ser ejércitos para la guerra, no podrían transformarse en metaejércitos para la paz con el fin de reforzar la solidaridad nacional e internacional, ayudar y apoyar las distintas iniciativas de solidaridad hacia los más desheredados de una sociedad, socorrer a los más débiles en el mundo? (20).

Otras personalidades llegan a proponer que las fuerzas armadas occidentales deberían asumir la misión de defensores de la transición a la democracia, idea que el Gobierno de los Estados Unidos pretende haber aplicado en la guerra contra Irak, por ejemplo (y antes, en las numerosas operaciones de la CIA contra los regímenes «comunistas»).

Éste no es evidentemente el punto de vista de la corriente universalista que considera el Estado-Nación como una categoría política negativa y, en cualquier caso, obsoleta y que propone, en primer lugar, la constitución de una autoridad internacional soberana, independiente de cualquier potencia político-militar y sólo dispuesta para recurrir a la fuerza en caso de una «paz justa» (21) y no «a toda costa», «una paz fruto de la caridad y del amor...» (llamamiento del Papa el 17 de febrero de 1991).

A pesar de las flagrantes contradicciones entre estas componentes, hoy, la corriente «universalista» parece estar casi enteramente hegemonizada por el Vaticano y, en todo caso, por el discurso cristiano, lo que además provoca una vuelta al humanitarismo y al pacifismo en las otras religiones (22). Desde su elección, Juan Pablo II ha intentado

(20) Parece como si tal discurso propusiera transferir a Europa la concepción del universalismo jacobino alcanzando formulaciones aún más explícitas con los neo-gaullistas de izquierda como Chevennement, Debray, Gallo y otros. Se puede reconocer en él, entre otras cuestiones, una revalorización del «cesarismo progresista» teorizado por el Gramsci leninista. Esta visión parece bastante discutible en la medida en que no hay nada que justifique la necesidad de confiar a los militares cometidos que no tienen nada que ver con acciones militares. Sí parece, por el contrario, deseable la reducción de los aparatos militares y una mayor dedicación de recursos a la creación de fuerzas civiles destinadas a acciones pacíficas.

(21) El debate sobre el concepto de «paz justa» ha sido particularmente vivo con motivo de la guerra del Golfo; destaquemos en particular N. Bobbio (1991) quien, afirmando que esta guerra era «justa» en el sentido de que se hacía según las normas y procedimientos del derecho internacional (dado también que la ONU no dispone de autoridad, de capacidad y de fuerzas militares propias), ha generado una gran desilusión entre los pacifistas que siempre lo han considerado como uno de sus «padres» puesto que ha sido el teórico del «pacifismo activo» (ver *infra*). Ver también la polémica entre la revista *Micromega* y los pacifistas, criticados por esta revista como afectados por un «fundamentalismo pacifista».

(22) Entre otros, ver las recientes posturas por parte de los responsables protestantes (por ej., el pastor J. Stewart, *Le Monde* 3-4 de nov. 1991, p. 8). Ver P. Viaud, ed. (1991): *Les religions et la guerre*. Paris, Le Cerf (bajo los auspicios del Secretario General de la Defensa Nacional – SCiDN, Servicios del Primer Ministro), textos de 21 doctores de la fe o teólogos o pensadores comprometidos de las cinco religiones monoteístas (judaísmo, catolicismo, ortodoxos, protestantismo y el Islam). Ver también H. Perrin (1991): «El Vaticano frente a la crisis del Golfo», *Défense Nationale*, junio, pp. 77-84. Entre los católicos más radicales en la condena de la guerra del Golfo, destacuemos el padre E. Balducci, autor de varios libros importantes, convertido en una referencia inevitable para toda la izquierda italiana. Balducci es, efectivamente, «el más laico de los católicos» y propone un replanteamiento radical del mesianismo del Occidente nordista.

sin cesar dar un nuevo impulso al papel de la Iglesia tanto a nivel universal como a nivel de cada país, como alternativa a las superpotencias y al cientificismo y como alternativa a los partidos y a las categorías tradicionales del político. Este nuevo impulso en la misión escatológica de la Iglesia católica está perfectamente encarnado por la coherencia del discurso de los católicos integristas italianos quienes, al opuesto de los integristas franceses abiertamente próximos a la extrema derecha, concilian la oposición al aborto y al divorcio con los temas ecológicos, pacifistas y tercermundistas (defensa de la vida, de la naturaleza y del entorno, de la paz, del hombre, de sus relaciones afectivas fundamentales, es decir, de la familia, contra el divorcio) (23). Los católicos desempeñan un papel muy importante en todo lo que es asistencia social (a los drogadictos, a los que tienen *handicaps*, a los enfermos, a los «nuevos pobres», a los marginados, a los inmigrantes, etc.); además, la asistencia pública ha ido reduciendo cada vez más sus ayudas o funciona mal, al tiempo que el asociacionismo laico que concierne al trabajo social está en crisis o, en algunos países, nunca se ha desarrollado. Son también los católicos los que desde hace algunos años han acabado movilizándose casi más que la izquierda a favor del Tercer Mundo, principalmente de los palestinos (manifestaciones proIntifada), a favor de los inmigrantes y por la paz. Con motivo de la guerra contra Irak, el discurso católico ha alimentado un verdadero y nuevo «fundamentalismo pacifista» que ha influido en la izquierda que se encuentra, por lo demás, sumida en una profunda crisis. Este «fundamentalismo pacifista» es un desarrollo del pacifismo cristiano que ya se manifestó en los años cincuenta y después en los años ochenta (contra los «euromisiles»). Los juristas pacifistas, han intentado legitimar mejor la ética que confiere al derecho un valor universal y trascendente, rebasando en esto las posiciones del «pacifismo activo» (teorizado por N. Bobbio, 1984), al mostrar que la carta de la ONU había sido manipulada, incluso ridiculizada. Esquivando de este modo la cuestión de la ausencia de una autoridad internacional efectivamente soberana e independiente, los pacifistas han concedido, de alguna forma, al Papa la posibilidad de presentarse como la única autoridad moral que ha manifestado su independencia hacia una lógica que prima al más fuerte.

preconizando un cosmopolitismo que se base en el esfuerzo por el reconocimiento mutuo de las culturas. Su discurso propone, por tanto, un universalismo consagrado a la solidaridad y a la igualdad que sería el logro del «hombre planetario», sujeto de la historia: «el destino de la humanidad impone que la democracia internacional se base en el reconocimiento del otro en su realidad concreta, es decir en el cúmulo de esperanzas maduradas en los largos siglos de esclavitud».

(23) La diferencia entre los integristas italianos y los integristas franceses puede explicarse por la diferencia entre las relaciones históricas Iglesia y Estado en estos dos países. En Francia, el Estado ha asignado siempre a la religión un papel preciso y la Iglesia católica francesa no ha puesto nunca en entredicho la soberanía del Estado. En Italia, por el contrario, la presencia del Vaticano y el papel de la Iglesia han sido siempre independientes del Estado. Para la Iglesia católica italiana, el fiel debe obedecer en primer lugar a Dios, lo que quiere decir a la autoridad eclesiástica y, si ésta da su consentimiento, puede entonces obedecer a la autoridad política del país. Aprovechando el descrédito de los partidos tradicionales y una cierta proximidad de posiciones con la izquierda, los pacifistas y los ecologistas, la Iglesia italiana ha recuperado un papel político de primer orden que les lleva a intervenir constantemente en todos los asuntos corrientes del país e incluso en los más delicados, como son los relacionados con la corrupción política. La Iglesia pretende, pues, erigirse en el único referente con el que contar, verdaderamente creíble por cuanto es efectivamente soberano. Esto no se da en Francia, en donde las adhesiones religiosas (católica o protestante en particular) no se han atrevido nunca a oponerse a la adhesión nacional.

Teniendo en cuenta el peso social y político de los católicos y de los pacifistas en general, cualquier perspectiva que tenga que ver con la defensa europea se verá obligada a restringir las ambiciones de potencia militar. Dicho esto, durante la crisis yugoslava, el Papa ha hecho ver la disponibilidad de la Iglesia para bendecir una intervención armada a condición de que sea efectivamente europea (lo cual da una idea de Europa que tendría en Francia su provincia guerrera, en Alemania su fuerza económica y en el Vaticano su cabeza espiritual).

En el plano sociopolítico, la influencia de la Iglesia parece destinada a desarrollarse, ya que la crisis del movimiento obrero tradicional cede el paso al discurso por el «capitalismo de rostro humano» y a la acción militante invocada por Juan Pablo II (ver entre otras la última encíclica *Centesimus annus*). La hegemonía que ejerce la Iglesia sobre una buena parte del movimiento obrero depende de la primacía que otorga a la ética como valor político, como vínculo no de la praxis, que es siempre libre (el pecado es siempre perdonado), sino como certeza en los principios éticos que lo inspiran. Lo cual permite, entre otras cosas, evitar las «crisis de conciencia», rarísimas entre los católicos pero muy frecuentes entre la izquierda. En ciertos aspectos se trata de una vuelta a la exaltación de los recursos «primarios» y de la fe (familia y Dios, pero no patria). La acción de la Iglesia se presenta, por su ejemplo, como la única posibilidad de resolver pacíficamente los graves problemas de hoy (la delincuencia, la violencia difusa, la toxicomanía, el racismo, e incluso la corrupción política, etc.). Además, la Iglesia reivindica ser la fuerza que más ha contribuido al hundimiento pacífico del imperio estaliniano (rivalizando en esto con los Estados Unidos y la OTAN que ven en ello una «victoria fría», resultado de la «guerra fría» mantenida desde 1945), al tiempo que se presenta como la única fuerza capaz de practicar el diálogo para evitar las guerras y los conflictos sociales. Dicho de otro modo, una vez más, la encargada de encontrar soluciones pacíficas a todo tipo de problemas políticos o sociales, locales o mundiales, sería la ética religiosa (en último extremo, de cualquier tipo de religiones).

El ejemplo de la política «humanitarista» de Francia (con su ministro Kouchner) quiere ser una alternativa laica a la acción de la Iglesia. Con lo cual, la «moralización» de las relaciones internacionales se presenta siempre como un sueño, pero también como una utopía que no cesará en movilizar un número importante de europeos laicos y religiosos.

Los euroatlantistas, los euromediterráneos y los neo-mitteleuropeos parecen, pues, compartir la misma preocupación por defender los privilegios de las sociedades dominantes en relación con el Sur. De este modo, el enemigo tradicional —es decir, el comunismo— es sustituido por un enemigo que, al ser más difícilmente identificable, se le acaba confundiendo con una mezcla de integrismo religioso islámico, con los terroristas, con la criminalidad organizada, con los elementos calificados de atrasados, con la «presión demográfica», con la «amenaza migratoria», e, incluso, con la «bomba desigualitaria» (24).

(24) A propósito de esta división en cuatro grupos principales de identidades europeas, ver Palidda, 1992b. Estas identidades están más o menos presentes en todos los países, pero la euroatlantista es más

En oposición a estas tres orientaciones la corriente universalista, que va de los ecopacifistas a los tercermundistas y a los humanitaristas, laicos y católicos, parece oscilar entre un cosmopolitismo utópico y la adhesión al mesianismo católico, reactivado hoy por Juan Pablo II. El conflicto entre este mesianismo y el americano o euroatlantista podría ser considerado como el conflicto entre las dos grandes proposiciones de identidades colectivas hoy dominantes. La Iglesia católica pretende, pues, ser la única institución en condiciones de sanear las relaciones económicas, sociales y políticas, a escala local y a escala planetaria. El militantismo católico se presenta, por tanto, como el único compromiso, político y social, alternativo a aquellos que hasta ahora han acabado cayendo inevitablemente en la corrupción política o en desviaciones inhumanas. A pesar de que algunos célebres militantes católicos hayan tratado de teorizar una perspectiva cosmopolita a partir de la crítica al eurocentrismo tradicional (25), no está claro que el mesianismo católico se oponga claramente al eurocentrismo que parece dominar, hoy, a las sociedades europeas. Por otro lado, a pesar del anti-racismo católico postulado por el Vaticano, la mayoría del clero no parece en absoluto convencido para aceptar sin reservas las relaciones entre católicos, musulmanes, judíos y gentes de otras religiones. Por todo esto, el racismo, que hoy parece caracterizar al eurocentrismo más que cualquier otro elemento, depende más de una expresa voluntad de inferiorización del inmigrado que de criterios o categorías biológicas o ideológicas (26). Por ejemplo, las capas sociales más pobres europeas

fuerte en el Reino Unido, la euromediterránea lo es en Italia y en España y la neo-mittleuropea en Alemania y en las regiones limítrofes con sus fronteras. La corriente universalista-ecopacifista es más fuerte en Italia gracias al peso de los católicos. Francia se presenta como un país dividido entre estas cuatro identidades, así como el país que preconiza el universalismo del modelo heredado de la revolución francesa (libertad, igualdad, fraternidad, como valores de la ciudadanía nacional, reservada, pues, a los miembros de la nación por *jus solis* o *jus sanguinis*). El modelo francés se encuentra muy bien representado tanto por el humanitarismo de su ministro B. Kouchner como por los discursos y los gestos de numerosos políticos e intelectuales como E. Morin que propone la atribución de misiones de *peace-keeping*, *peace-enforcing* y misiones humanitarias a las fuerzas armadas europeas (esto es, una especie de mesianismo europeo que, por lo demás, el mismo Vaticano podría apoyar si se le otorga el papel de *leader* espiritual de Europa).

(25) Sobre esto ver el discurso elaborado por el padre E. Balducci quien, a partir de una crítica a la historia del eurocentrismo desde el descubrimiento de América (tema abordado también por E. Plenet, 1991, y otros), propone un enfoque que quiere ser antropológico, centrado en la idea del hombre planetario como nuevo sujeto de un progreso histórico. Muy popular y muy respetado por toda la izquierda italiana, incluidos los neo-comunistas que lo describen como un revolucionario ejemplar (ver *Notiziario*, mayo del 92; el periódico de *Rifondazione Comunista*), el padre Ernesto Balducci parece ofrecer una salida creíble a la crisis de identidad colectiva de la izquierda y a la necesidad de una amplia movilización que abarque tanto las expectativas sociales, ecopacifistas y tercermundistas como la demanda de moralización de la política. Sin embargo, el discurso de Balducci no pone en cuestión las ambigüedades, pasadas y actuales, de la Iglesia católica al pretender reactivar su mesianismo. De este modo, el cristianismo se propone de nuevo como una concepción del mundo válida para salvar la humanidad. Hay que reconocerle a los católicos el mérito de acciones humanitarias vitales hoy para una parte de la humanidad pero, el catolicismo no pone en tela de juicio las causas de la desigualdad, de las discriminaciones y de los egoísmos y continúa bendiciendo al mismo tiempo a los dominantes y a los dominados, perdonando todo a los primeros que disponen siempre de medios necesarios para comprarse el «paraíso» o, por lo menos, el «purgatorio» sin renunciar a nada, porque la religión no impone nunca normas de comportamiento que sólo el Estado de derecho debería garantizar.

(26) La literatura sobre el neo-racismo en Europa es, desde ahora, muy amplia; entre otros ver Balibar, Wallerstein: el núm. 51 de *Peuples Méditerranéens*; las publicaciones de M. Wiewiorka (1989, 1991).

son precisamente las que manifiestan a menudo actitudes intolerantes, e incluso abiertamente racistas, porque su mala condición socioeconómica pone en duda la supuesta superioridad que debería asegurarseles por el hecho de ser europeos. El racismo contra los inmigrados sirve, por tanto, para compensar los límites de su condición socioeconómica. El conflicto entre estos «pobres» autóctonos y los inmigrantes sirve, en efecto, para aliviar o desviar la conflictividad entre autóctonos ricos y autóctonos pobres; conflictividad que podría llegar a ser incontrolable debido al incremento actual de la diferencia entre riqueza y pobreza y debido a la crisis de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. Por lo que a esta cuestión respecta, se puede decir que el declive del conflicto de clase tradicional, esto es, la crisis de la identidad colectiva propuesta por el movimiento obrero, ha sido explotada por las organizaciones racistas que proponen identidades localistas, nacionalistas o eurocentristas señalando al inmigrado como enemigo. El elemento común que caracteriza a los distintos neo-racismos que se han manifestado en Europa a lo largo de estos últimos diez años, reside precisamente en su capacidad para concentrar los diferentes temores que surgen de la pérdida de determinadas verdades y de las incertidumbres relativas a los nuevos logros, y en su capacidad para proponer una identidad colectiva que se quiere más coherente y más fácilmente identificable, en la medida en que está más próxima a las preocupaciones inmediatas de la sociedad local y pretende rechazar toda ideología. Se llega, pues, a la idea de que el derecho a la libertad de identificación colectiva consiste en la afirmación de un nosotros que no puede ser compartido con los otros y que pasa incluso por la exclusión y la discriminación del otro. Del mismo modo que la identidad de un hincha de un equipo de fútbol o de cualquier otro deporte pasa por el desprecio, y a veces la violencia desencadenada contra los hinchas de otros equipos, la adhesión a una determinada sociedad parece concebirse como exclusiva e incluso antagonista a toda idea universalista en el sentido cosmopolita. El fenómeno de los *hooligans* es también una demostración particularmente elocuente de la variación de la identidad de clase hacia una identidad colectiva cuyos valores no son ya los de la igualdad y los de la solidaridad, esto es, los de la emancipación de cada uno como emancipación de todos; por el contrario, se impone la idea de que la emancipación es ante todo individual, al tiempo que se saca provecho de la acción colectiva. Dicho de otro modo, se cree de nuevo en valores como los de la virilidad, la fuerza psicológica y física individual y la suerte como únicos valores que permiten la emancipación social (de ahí el mito del gran jugador de origen muy modesto como prueba de que todo el mundo puede triunfar, y también como prueba de que puede hacer ganar a su colectivo, a su equipo, que no es otra cosa que la suma de individuos que ganan según sus méritos en una prueba de fuerza física que se parece a y tiene el lenguaje de la guerra) (27).

(27) Con las luchas obreras y populares de después del 68 se afirmó una unidad popular nunca vista en numerosos países europeos (principalmente en Italia, Francia, etc.): la inmensa mayoría de los trabajadores se moviliza para conseguir los mismos objetivos, bajo las mismas banderas. Esta unidad se traduce en conquistas sociales y democráticas y en un apoyo al desarrollo del Sur. Pero estas conquistas se muestran caducas o son a menudo deformadas en provecho de los más fuertes. Todo esto y la proximidad de la crisis económica de finales de los años setenta, ha puesto en crisis los valores y las certidumbres del después del 68, dejando espacio libre para el desconcierto, para la incertidumbre en la búsqueda de otros valores.

Ahora bien, frente a la dinámica de las identidades colectivas, en particular en Europa, los discursos anti-racistas, multiculturalistas y universalistas, en el sentido cosmopolita, se presentan muy a menudo como mentiras piadosas, cuando no como pura demagogia. Todos los Estados, los gobiernos, y las élites de las sociedades dominantes se declaran campeones del anti-racismo, de la democracia, de los derechos del hombre y de los pueblos. Desde 1984-85, la Comunidad Europea y el Consejo de Europa, así como los diferentes gobiernos, han lanzado campañas anti-racistas. La inmensa mayoría de los intelectuales y de los profesores en particular, se declaran anti-racistas y son numerosos los que militan en favor del multiculturalismo. Sin embargo, numerosas encuestas muestran que el racismo, en sus diferentes formas, está muy arraigado, y si se analiza más detenidamente, se constata que es más o menos compartido por un número de europeos que supera ampliamente el número de electores de las organizaciones racistas. Dicho de otro modo, el anti-racismo y el multiculturalismo no parecen estar en condiciones de contrarrestar la tendencia intolerante y racista que caracteriza al neo-eurocentrismo. Por otra parte, las interpretaciones que corrientemente se hacen de los acuerdos de Schengen y de Maastricht y, aún más si cabe, las posiciones de los que se oponen a éstos, parecen estar dominadas bastante a menudo por preocupaciones que ciertamente no se enfrentan al racismo. El conflicto entre los particularismos locales o nacionales, por una parte, y los defensores de la construcción europea, por otra, se presenta, pues, como un debate sobre la cuestión de saber quién defiende mejor los privilegios de los ciudadanos de las sociedades europeas.

III. POR UNA EDUCACIÓN ANTI-RACISTA Y MULTICULTURAL INTEGRADA EN LA ACCIÓN COLECTIVA PARA LA IGUALDAD Y LA SOLIDARIDAD UNIVERSALES

Frente a esta situación, la lucha contra el racismo necesita un renacimiento que vaya mucho más allá de la tradicional pedagogía anti-racista y multicultural. Aun reconociendo los logros de esta pedagogía, es necesario constatar que, ahora más que nunca, corre el riesgo de fracasar por haberse convertido muy a menudo en una especie de prédica en favor de la igualdad y del respeto mutuo entre las diversas culturas; esto es, en un discurso humanitarista, cuando no paternalista, sin impacto alguno sobre las lógicas utilitarias combinadas con las afirmaciones de identidades colectivas exclusivistas. El anti-racismo, el multiculturalismo y sobre todo el interculturalismo efectivo no gozarán de credibilidad alguna, esto es, no serán concretamente adoptados en los comportamientos cotidianos, mientras no formen parte de los valores y, por tanto, de las reglas que disciplinan las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales. El individuo, la familia, el grupo social, actúan siempre según sus propios valores y reglas, las cuales están más o menos condicionadas por las

El «hooliganismo» se ha desarrollado porque, como lo explican entre otros C. Bramberger, 1992 y P. Mignon, 1992, se corresponde con una movilización colectiva alternativa en torno a valores que se sustituyen a los propuestos por el movimiento obrero. El localismo nordista y los racismos recuperan estos valores diferentes y hasta opuestos.

normas establecidas por el Estado de derecho. Esto quiere decir que si hay comportamientos racistas es porque hay valores, reglas y a veces incluso normas de derecho que son interpretadas de manera que legitiman la actitud racista. Dejando de lado los ejemplos de comportamientos manifiestamente racistas, habría que sorprenderse más aún de todas las consideraciones o comportamientos de aquellos que, al tiempo que se proclaman no racistas, cuando no anti-racistas, se extrañan, se sorprenden o están incómodos por el hecho de que el «otro» pueda pensar y actuar como ellos. Esto quiere decir que el autóctono extrañado, sorprendido o incómodo está convencido, en el fondo, de su superioridad sobre el otro, o cuando menos está convencido de que el otro sólo puede pensar y sólo puede tener comportamientos de ser inferior. Este «otro», por su parte, llega a convencerse muy a menudo de que su emancipación pasa por emular la manera de pensar y de comportarse del autóctono, lo que significa reconocer la pretendida superioridad de este último y, por consiguiente, la jerarquía de las culturas. Pero lo que es aún más grave es que, en el plano de las relaciones económicas, sociales y políticas, en la realidad efectiva, esto se traduce en una organización de la sociedad que estructura esta inferiorización y establece mecanismos de emancipación consistentes en merecer ésta por la minusvaloración del otro. Advirtamos que este tipo de inferiorización agrava la división en clases sociales porque se basa en el no reconocimiento para el otro de los derechos cívicos del autóctono. La discriminación y la exclusión encuentran su legitimación en los criterios de atribución de la ciudadanía. Efectivamente, a pesar de los derechos del hombre y de los pueblos, la ciudadanía permanece siempre estrechamente ligada a la adhesión nacional; el inmigrado, que en la realidad efectiva forma parte de una sociedad local determinada durante años, contribuyendo a la vida económica y pagando impuestos, no goza sin embargo del estatus de ciudadano de pleno derecho (sobre todo, no puede votar ni ser elegido) y permanece siempre como un residente inferiorizado (el «extranjero») con un estatus precario (su permiso de residencia es limitado en el tiempo y sometido a ciertas condiciones). De este modo, el concepto mismo de ciudadanía que hemos heredado de la afirmación del Estado-Nación va en contra de la universalidad, es decir, de la igualdad y de la solidaridad (sobre estos aspectos, ver Verena Stolcke, 1992). La negación de la libertad de inmigración es, por tanto, una negación del derecho del hombre a escoger la sociedad en la que quiere vivir, esto es, la negación de la ciudadanía a personas que muy a menudo aspiran a conseguirla, incluso al precio de enormes sacrificios y de renunciar a su antigua identidad. Dicho lo cual, no se trata de preconizar una demagógica libertad de inmigración total que en la situación actual sólo contribuiría a aumentar el número de «neo-esclavos». Se trata, por el contrario, de conceder al inmigrado que quiera integrarse en una sociedad determinada la plena ciudadanía y, en consecuencia, el derecho a una identificación y a una acción colectiva que le permita emanciparse en el seno de la sociedad a la cual ha elegido pertenecer.

Ahora bien, si se acepta este análisis podemos decir que la cuestión de la ciudadanía es fundamental para cualquier enfoque anti-racista y multicultural porque pone al descubierto el terreno sobre el que hay que intervenir prioritariamente: la batalla por un civismo democrático, esto es, la batalla por la igualdad y la solidaridad como valores que deberían cualificar la primacía del interés colectivo sobre el interés individual o de grupo. Dicho de otro modo, pensamos que no es posible imaginar una educación y una acción anti-racistas y multiculturales eficaces al margen de una

acción colectiva para la igualdad y la solidaridad, es decir, para una verdadera universalidad de la ciudadanía. Los valores y las reglas de comportamiento se afirman en tanto que elementos que cimentan una identidad colectiva gracias a la acción colectiva, gracias, incluso, al conflicto con los valores opuestos y no sólo a la pedagogía. Ésta puede ser útil a condición de que esté ligada a la acción concreta en la organización de las relaciones sociales. Es en los aspectos cotidianos de la organización de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales de una sociedad local determinada en donde hay que luchar a favor del anti-racismo y del multiculturalismo, a favor de la igualdad y la solidaridad. La proclamación formal de la igualdad está acabada si no se traduce en la posibilidad de acceso a un contrato social universal, luego en el acceso al trabajo, a la vivienda, a los servicios, esto es, a los derechos y a los deberes iguales para todos. Es sin duda positivo, por ejemplo, que decenas de miles de inmigrantes clandestinos hayan sido regularizados concediéndoles un permiso de residencia regular; pero esto no cambia su condición económico-social inferiorizada porque continúan a menudo realizando trabajos clandestinos y los gobiernos no combaten las economías llamadas no oficiales. Los valores del anti-racismo y del multiculturalismo son, pues, los de un progreso social efectivamente democrático y no los discursos abstractos o las mentiras piadosas a las que se nos tiene acostumbrados. Es en esto en donde reside uno de los aspectos probablemente centrales a favor de un renacimiento de la democracia como valor y como bien por conquistar, porque ésta no existe mientras no haya igualdad y solidaridad entre miembros de una sociedad determinada y entre las diferentes sociedades. Es así como hay que concebir —a nuestro parecer— el renacimiento de la concepción del progreso social y de la modernización, ya que, hasta el presente, uno y otra, no han hecho más que reproducir desigualdades, discriminaciones y guerras. Es evidente que nos encontramos lejos de ver las sociedades orientarse hacia la afirmación de la igualdad y de la solidaridad, pero es probable que la situación sólo podrá agravarse si no se da un nuevo impulso a una verdadera movilización colectiva en favor de esos valores. Los neo-corporativismos, el particularismo localista o nacionalista, el liberalismo a ultranza corren el riesgo de conducir hoy a Europa hacia la coalición de valores de dominación y de exclusión. El concepto de ciudadanía europea que parece imponerse aparece, pues, totalmente opuesto a la universalidad, esto es, al cosmopolitismo. La herencia cultural de los Estados nacionales en relación con el anti-racismo y el multiculturalismo necesita una crítica seria. Al tiempo que hay que reconocer el valor de ciertos aspectos y elementos del proceso de formación de los Estados-Naciones y en particular de la revolución francesa, la referencia histórica privilegiada por el enfoque anti-racista y multicultural no puede encontrarse más que en una parte del Renacimiento (en Pico della Mirandola antes que en Maquiavelo). Es ahí en donde hay que recuperar las raíces de un cosmopolitismo que coexistía o se combinaba con fuertes adhesiones locales. Basta con pensar que los artesanos, artistas, intelectuales e incluso militares eran identificados por su origen local pero ejercían, al mismo tiempo, su actividad por todas partes, alimentando intercambios económicos y culturales que conocieron un progreso extraordinario en todos los ámbitos. La adhesión a una sociedad local determinada no estaba por tanto absolutamente en conflicto con una dinámica cosmopolita. La obra de Leonardo da Vinci puede de este modo ser reivindicada como parte del patrimonio mundial y, al mismo tiempo, como patrimonio de su pueblo (Vinci) y de su región (la Toscana). Este tipo de combinación, entre adhesión

específica y cosmopolitismo, es el que habría que tratar de revalorizar y no las adhesiones específicas (28) que se suman en el marco de un neo-eurocentrismo particularmente inquietante para el futuro de la humanidad. Es por ello por lo que cualquier hipótesis de ciudadanía europea resulta sospechosa si no se inscribe en una perspectiva de continuidad entre ciudadanía y cosmopolitismo, esto es, en una perspectiva de reconocimiento recíproco y universal de la libertad de identificación colectiva inscrita en un renacimiento de los derechos del hombre y de los pueblos. Esto no quiere decir que haya que oponerse a la construcción europea, sino que la batalla por su significación está más que nunca abierta. Esta batalla no se libra con debates abstractos sobre Europa, sino en lo cotidiano concreto de la organización efectivamente democrática de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales a nivel local.

BIBLIOGRAFÍA

- Adri, (ed.) (1991): *L'intégration des minorités immigrées en Europe*. Paris, CNFPT, 2 tomos. (Actas del Colloque International, 8-9 de octubre, Paris, Ministère de la Recherche).
- Balibar, E. y Wallerstein I. (1988): *Race, Nation, Classe. Les identités ambiguës*. Paris, Ed. La Découverte.
- Banfield (1976, 1.ª ed. '58): *Le basi orali di una società arretrata*. Bologne, Il Mulino (con las críticas de Cancian, Marselli, Wichers, Pizzorno, Silverman, Peabody, Davis, Galtung y Colombis).
- Barth, F. (ed.) (1969): *Ethnic groups and boundaries*. Bergen, Universitetsforlaget.
- Berger, S. (ed.) (1981): *Organised interests in Western Europe, Pluralism. Corporatism and the transformation of interest*. New York, Cambridge University Press.
- Berger, S. y Piore, M. (1980): *Dualism and discontinuity in industrial societies*. London, Cambridge University Press.
- Birnbaum, P. (1991): «Nationalisme à la française». «Nationalismes», 57, *Pouvoirs*, pp. 55-68.
- Bobbio, N. (1981): «La crise permanente». *Pouvoirs*, XVIII, pp. 5-20.
- (1982): *Il futuro della democrazia*. Bologne, Il Mulino.
- (1984): *Il problema della guerra e le vie della pace*. Bologne, Il Mulino.
- (1986): *Liberalismo e democrazia*. Milan, Angeli.
- Cartocci, R. (1991): «Localismo e protesta politica». *Rassegna italiana di Scienza Politica*, a. XXI, 3, dic., pp. 551-581.

(28) Sobre esto hay que decir que es lamentable que movimientos locales como el catalán, el corso, el vasco, el irlandés, etc., mantengan una cierta ambigüedad sobre estas cuestiones al no adoptar posiciones contra el racismo que a menudo caracteriza las adhesiones a estas identidades locales. Además, el discurso sobre la Europa de las regiones se presenta, a veces, en un tono bastante sospechoso porque puede ser interpretado como una especie de coalición entre la euroburocracia y los notables locales en contra de las actuales clases dominantes nacionales, lo que correspondería a una transferencia de los aspectos perversos de cada sistema político nacional a escala europea (ver Palidda, 1992).

- Catani, M. (1986b): «Les migrants et leurs descendants entre devenir individuel et allegiance chtonienne»; in *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXXI, julio-diciembre.
- Deleuze, G. (1990): «Les sociétés de contrôle». *L'Autre Journal*, mayo, pp. 111-114.
- De Baecque, A. (ed.) (1991): *Une histoire de la Démocratie en Europe*. Paris, Le Monde Editions.
- Dumont, L. (1990): «Sur l'idéologie politique française». *Débat*, enero-febrero.
- Dunand, F. (1991): *Le Monde Suisse*. Paris, Payot.
- Gellner, E. (1978): *Culture, Identity and Politics*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Gere, F. (1991): «Cette terre qui m'appartient. Apo théose de la géostratégie». *Stratégie*, 50, febrero, pp. 65-83.
- (1991): «L'Europe et l'OTAN dans la stratégie américaine». *Défense Nationale*, agosto-septiembre, pp. 49-65.
- Greffé, X. y Archambault, (eds.) (1985): *Les économies non-officielles*. Paris, La Découverte.
- Habermans, J. (1991): «Cittadinanza e identità nazionale». *Micromega*, 5, pp. 123-146.
- Hancock, G. (1991): *Les Nababs de la pauvreté*. Paris, R. Laffont.
- Joxe, A. (1990): *Le cycle de la dissuasion 1945-1990*. Paris, La Découverte.
- (1991): *Voyage aux sources de la guerre*. Paris, PUF.
- Kouchner, B. (1991): *Le Malheur des Autres*. Paris, Odile Jacob.
- Mannheimer, R. (ed.) (1991): *La Lega Lombarda*. Milán, Feltrinelli.
- Morin, E. y Kern, A. B. (1991): «Vivre l'Europe en Confédération» (serie art. Pour une démocratie vraiment participative, IV). *Le Monde Diplomatique*, noviembre, p. 13.
- Noguez, D. (1991): *Colonisation douce*. Paris, Editions du Rocher.
- Oriol, M. (1984): «Les Variations d'identité». Nice, IDERIC.
- Palidda, S. (1987): «Le phénomène mafioso». *Les Temps Modernes*, febrero.
- (1992): «Euro-centrisme et réalités effectives des migrations», en prensa en *Migrations Société*. Paris, CIEFI, nov.-dic. 1992.
- (1992): «L'anamorphose de l'Etat-Nation: le cas italien», en prensa en *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Paris, PUF.
- (1992): «Les Mutations dans les représentations sociales de la sécurité: proliférations et variations des identités collectives dans l'Europe en formation». Informe GSD-EHESS, Paris (Programa MRT-Francia «Intelligence de l'Europe»).
- Palidda, S. y Campani, G. (1990): «Italie: racisme et tiers-mondisme». *Peuples Méditerranéens*. «Le néoracisme en Europe», abril-junio, 51, pp. 145-170.
- Perrin, H. (1991): «Le Vatican face à la crise du Golfe». *Défense Nationale*, junio, pp. 77-84.
- Petit, J. L. (1991): *L'événement en perspective*. Paris, Ed. EHESS.
- Petit, M. (ed.) (1991): *L'Europe interculturelle, mythe ou réalité?* Paris, Les Editions d'Organisation.
- Pizzorno, A. (1967): «Fam ilismo am orale e marginalità storica». *Quaderni di Sociologia*, XVI, 3, pp. 247-261.

- Pizzorno, A. (1990): «Considérations sur les théories des mouvements sociaux». *Politix*, 9, pp. 74-80.
- (1992): «Lo scambio occulto». *Stato e Mercato*, 34, abril, pp. 3-34.
- Racine, J. L. (ed.) (1991): *Tiers-Mondes: figures d'incertitude*. Paris, l'Harmattan.
- Reynerie, E. (1988): «L'innovazione produttiva nella rete delle relazioni sociali». *Stato e Mercato*, 23, agosto, pp. 147-176.
- Sayad, A. (1991): *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*. Bruxelles, De Boeck-Wesmael Ed.
- Scartezzini, R., Germani, L. y Gritti, R. (eds.) (1985): *I limiti della democrazia. Autoritarismo e democrazia nella società moderna*. Naples, Liguori.
- Simonnot, Ph. (1991): *Ne m'appellez plus France*. Paris, Olivier Orban.
- Toffler, A. (1991): *Les nouveaux pouvoirs*. Paris, Fayard.
- Vernieres, M. (1991): *Economie des Tiers-Mondes*. Paris, Economica.
- Wieviorka, M. (1989): *L'espace du racisme*. Paris, Fayard.
- (1991): *La France raciste*. Paris, Fayard.

Traducción: Antolín Granados Martínez.